

## Orfandad y gloria

Por Horacio González

Quizás el hombre sea una pasión inútil, como dijo un filósofo. Cuando ese filósofo murió, una conmoción recorrió los ambientes culturales de Europa y América Latina. Murió Maradona y la conmoción fue mayor, distinta y absorta. No la podemos medir. No podía ser una pasión inútil. Pero no era posible identificar claramente porqué. Era una figura esencial que no podía representarnos a todos, en razón de que el todo siempre está limitado por nuestra inacabada imaginación. Pero lo más cercano a esa representación incompleta pero que ahora nos hierde de una manera inconcebible, no cabe duda de que lleva el nombre de Maradona. Nombre deshecho que se hacía pleno en un vacío trascendental, y que resurgía como una aureola extraña que siempre caía, y en su caída contenía un nuevo resurgimiento. El héroe que alguna fue preso ante la voracidad de los fotógrafos, que vivió internaciones y curaciones extremas, que fue protagonista de excesos que nadie se sentía en condiciones de cuestionar, actuaba bajo un trasfondo glorioso, apolíneo cuando era dionisiaco, y misterioso cuando se despedía una y otra vez del fútbol despertando un oleaje de amor tatuado en el lamento popular, ese *maradooooo, maradooooo*, que al estirar la vocal más astuta, que se cierra sobre sí misma sin agregados, garantizaba la combinación exacta de aire, asfixia y viento. Cuando se grita Maradona suspendido en la o, ésta se va alargando y trasmutando en una u. Travesura de las vocales en las tribunas donde cuando se quiere, hay versificación y cuando no un lánguido lamentó. Maraduuuu... la plegaria gloriosa y huérfana. Maraduuuu.

Como Gardel fue el canto, Maradona fue el fútbol. Pero ambos fueron ídolos de masas, por lo tanto, el cine en uno, la televisión en otro, fueron fundamentales. El origen oscuro, la familia sin linaje, la pobreza grisácea, la calle de tierra, y la luminosidad que se extendió a la mitología del gran espectáculo donde cada uno se movió cargando aquello de lo que no eran conscientes. Ahora parece que los acercan, como extrañas piras encendidas, tiempos y estilos diferentes. Hay un modo en que se había alojado cada uno en una concavidad secreta y multitudinaria, aparentemente callada, pero compuesta de un amor latente que sin darnos cuenta estaba esperando ser el lecho de

muerte. De ese momento solitario y de abandono, surgiría el santuario que en las canchas de todo el mundo ya se estaba preparando.

Gardel cantó el tango canción del golpe del 30. No importaba. Maradona se tatuó al Che en su brazo y el gol contra los ingleses -los dos, cada uno a su forma- son goles guerrilleros. Pero los compromisos políticos parecen laterales, sin ser guerrilleros. Importan más en Maradona, que fue politizando su cuerpo tatuado, o que hizo de la política un tatuaje. ¿Tatuaje de qué? De cierta rebeldía de un barro primordial que enviaba hacia lo alto, sean Fidel, Chávez o Kirchner, con una fidelidad que se mantuvo más que la de muchos políticos. También se mostraba con diversas autoridades mundiales como un tótem inefable, cuya garantía eran un par de gambetas que fueron interpretadas como las necesarias fintas de la patria irredenta, y que lanzaba sus frases con arrebatos de pureza que resultaban tan formidables como salidos de una religiosidad abrupta. “La pelota no se mancha”, y ahí parecía un monje besando su ostia, con el estadio ululando esa “oooo...” que se hundía como una letra lánguida y premonitoria en las tribunas hirvientes.

Su leyenda él mismo la sabía. Dijo por televisión de Mauricio Macri, que dice fango para no decir barro. La idea persistente era la de ir del barro al palacio y del palacio al derrumbe médico, y de ahí a preguntarle a Fidel Castro cómo sería posible unir a América Latina. Se movía ente construcciones metafóricas que su sensibilidad había registrado, quizás escuchando a las tantas voces periodísticas que lo seguían como un enjambre y esas palabras él las reutilizaba. Cumplía con papeles que le habían asignado y también sabía burlar sus mismas actuaciones. Al percibir que ya estaban grabados en el museo de la televisión esos goles mágicos, la prestidigitación del esquite, la frenada en seco sin perder el control de la pelota, intuía que esos frescos de Massacio o Tintoretto que pintaba en la cancha, eran parte de un relato que no poseía ningún relator deportivo -de los tantos que lo acompañaron rebautizándolo de mil maneras-, sino que los iba a tratar él mismo. Y se lanzó a investigar el mundo, como si fuera un arqueólogo o un politólogo dislocado, y así conoció y repudió poderes, apoyó a las izquierdas con una conciencia política que enternecía por su candor y obligaba a criticar al fútbol en su conjunto como un formidable negocio, un negocio de grandes corporaciones, que antevió con lucidez, mucho más que cualquier otro jugador de su renombre. En ese sentido fue la contracara de Pelé y de tantos otros.

Sus numerosas frases salían de un diccionario donde convivían la admonición moral contra el fútbol de la corporaciones -la pelota no se mancha-, hasta la mordacidad genuina y risueña de un “Grondona es tan rápido que le pone un supositorio a una liebre”, que seguramente es de su factura. Siendo así, sus ingenios verbales, que tenían notorias impertinencias, seguían sus maniobras geniales en la gramilla con aquel objeto que no se mancha, y sufrían también las mismas recaídas que su cuerpo. Ese cuerpo que pasaba de obeso a reincidente, de reincidente a recobrado, y de recobrado a obeso. Sus transfiguraciones fueron circulares e infinitas. Su manejo de los símbolos era equivalente al de la pelota. Con eso lanzó frases con denuestos contra los poderosos con los que trataba. La efectividad de esa actitud no había que buscarla en las razones de la política sino en la expresión de las pasiones de quien sabía que era tolerado por quienes denostaba -que lo veían ya perdido- y agasajado por los líderes políticos a los que adhirió con respetuosa admiración. Le puso su sello a la Unasur con profunda conciencia de lo que hacía. Estaba tatuado y sus fintas en la cancha lo tenían tatuado a él. No precisaba de la lengua política para acompañar uno de los grandes momentos de la historia latinoamericana. Sabía que era tan imprescindible como cuestionado; por eso uno de sus goles en el Mundial contra Grecia se lo gritó a una cámara de televisión. Que todos vieran que hacía goles, a costa de que su rostro saliese desencajado.

El partido que siguió jugando hasta el final fue el del pobre que se hace rico para dispersarse en su jolgorio gozoso, y demostrar que los pobres pueden, que los pobres serán salvados y que su desagravio será manso. Pero que aún no se ha consumado. Indicios de este pensamiento es su visita constante a las márgenes del fútbol, clubes que al lado de un Barcelona o un Boca eran mucho menos significativos, a los que salvaba del descenso como al Nápoles, o a los que iba como un jugador más, como en Newell's Olds Boys, o como entrenador, en Mandiyú. Sabía que iba con su nombre, con su sabiduría que se expresaba en las tajantes frases de lúcido despecho, pero no podía evitar que ese cuerpo que mantenía el nombre ilustre, ya no respondiera. Pero aun así era importante, el ídolo que caía, y que levantado apenas volvía a caer, era un espectáculo a la vista, bien traslúcido. Su vida privada era su vida pública, sus relaciones, duraderas o no, eran juzgadas como de respeto o desdén, como de lealtad o traición. Sus maniobras estrictamente futbolísticas no se componen de una continuidad sino de destellos geniales que las multitudes sabían esperar para ver. Y esos destellos, raramente se hacían esperar, así como sus momentos de sombra también se notaban ante la mirada enmudecida de miles de hinchas.

Todo le era aceptado porque ese genio con declives dolorosos, ese hombre familiar que juraba por sus hijas y no podía conjugarse en una familia, ese muchacho que vivía en los extremos de una existencia que se balanceaba entre la orfandad y la gloria, desafiaba a todo el fútbol mundial y no le creían, porque los desafiaba casi siempre con su propia debilidad, aunque sus ironías eran fuertes y certeras. Siempre fue filmado, desde ese blanco y negro a pocas cuerdas del Riachuelo, donde se lo ve haciendo malabares desde pequeño, como si ya Nápoles, Arabia Saudita y la Universidad de Harvard se insinuaran en esos toques delicados. Como jugador, no era necesario entender de fútbol para ver que era portador de una delicadeza esencial, dueño de un rasguño sutil acariciando la pelota, que superaba dialécticamente el fútbol meramente gimnástico o de pizarrón. Esa delicadeza salida de un misterioso arrabal recorrido por el río grasoso, significaba palabras que valían mucho. Si se burlaba de los que decían fango para decir barro, era esa su pedagogía de masas. Efectiva como pocas. Haber llegado a mofarse, en su juego sobre la riqueza y la pobreza, del amaneramiento de cambiar el barro por un sinónimo más elegante, nos permite imaginar que entendía su vida custodiada por ese soporte lingüístico donde tintineaba su percepción de la desigualdad.

De repente muchos comprendieron que sus idas y vueltas, sus centellas ya dispersas y su figura andante, exigían ser pensadas como un rezo colectivo. Si muchos tenían cuitas para reprocharle en sus peleas familiares o comerciales, un pueblo entero que excedía a las hinchadas de todos los clubes juntos, estaba dispuesto a entenderlo de una vez por todas. En la gracia de sus jugadas, de la cancha al sanatorio, del sanatorio a la televisión, de la televisión a las tribunas políticas, muchos veían el ejercicio de un drible incesante, sin nada de salto mortal. Pero un tenso silencio en general respetuoso, a veces indiferente, lo rodeaba. Su historia parecía redundante. Pero si una sociedad existe, siempre actúa tarde. Ahora, que se escuchó un trueno sorprendente, solo queda preparar el santuario en la Casa Rosada.

Buenos Aires, 26 de noviembre de 2020.

Sociólogo, escritor y ensayista. Ex Director de la Biblioteca Nacional.

## **Orphanhood and Glory - By Horacio González**

Perhaps man is a useless passion, as a philosopher once said. When that philosopher died, a shock went through the cultural environments of Europe and Latin America. Maradona died, and the commotion was great, different, and absorbed. We cannot measure it. It could not be a useless passion. But it was not possible to identify why. He was an essential figure who could not represent us all because the whole is always limited by our incomplete imagination. But the closest thing to that incomplete representation which now inconceivably hurts us, there is no doubt that it bears the name of Maradona. An undone name that became full in a transcendental void that reemerged like a strange halo that always fell and in its fall contained a new resurgence.

The hero who was once a prisoner of the voracity of photographers, who lived through hospitalizations and radical cures, who was the protagonist of excesses that no one felt in a position to question, acted under a glorious background, Apollonian when he was Dionysian, and mysterious when he said goodbye again and again to soccer, awakening a storm of love tattooed in the popular lament, that Maradoooo, Maradoooo, that by stretching the most astute vowel, which closes on itself without additions, guaranteed the exact combination of air, asphyxiation, and wind. When Maradona is shouted suspended on the o, it becomes longer and transmutes into u. The mischief of the vowels in the stands where when you want, there is versification and when not a languid lament. Maraduuuu... the glorious and orphan prayer. Maraduuuu.

As Gardel was the song, Maradona was soccer. But both were mass idols. Therefore, cinema in one and television in the other was fundamental. The dark origin, the family without lineage, the grayish poverty, the dirt street, and the luminosity extended to the mythology of the grand spectacle where each moved to carry what they were not aware of. Now it seems that they are approached, like strange lit pyres, at different times and styles. There is a way in which each one had lodged in a secret and multitudinous concavity, apparently silent but composed of a latent love that, without us realizing, was waiting to be the deathbed. From that solitary moment of abandonment, the sanctuary that was already being prepared on soccer fields all over the world would emerge.

Gardel sang the tango song of the coup of the 30s. It did not matter. Maradona tattooed Che on his arm and the goal against the English -both in their own way- are guerrilla goals. But the political commitments seem lateral, without being a guerrilla. They are more critical of Maradona, who politicized his tattooed body or turned politics into a tattoo. A tattoo of what? Of a certain rebelliousness of a primordial mud that he sent upwards, be it Fidel, Chávez, or Kirchner, with a fidelity that was maintained more than that of many politicians. He also showed himself with various world authorities as an ineffable totem, whose guarantee was a couple of dribbles interpreted as the necessary feints of the unredeemed homeland. He launched his phrases with outbursts of purity as formidable as they had come out of an abrupt religiosity. "La pelota no se mancha"[The ball is always clean], and there he looked like a monk kissing his host, with the stadium ululating that "oooo..." that sank like a languid and premonitory letter in the boiling stands.

He knew his legend. He spoke on television about Mauricio Macri, who says "mire" to avoid saying "mud." The persistent idea was to go from the mud to the palace and from the palace to the medical collapse, and from there, to ask Fidel Castro how it would be possible to unite Latin America. He moved among metaphorical constructions that his sensibility had registered, perhaps listening to the many journalistic voices that followed him like a swarm, and he reused those words. He fulfilled roles assigned to him, and he also knew how to mock his own performances. When he realized that those magic goals were already engraved in the television museum, the prestidigitation of the dodge, the dry braking without losing control of the ball, he sensed that those frescoes of Massacio or Tintoretto that he painted on the field were part of a story that no sports reporter -of the many that accompanied him, renaming him in a thousand ways- possessed, but that he was going to handle them himself. And he set out to investigate the world; as if he were an archeologist or a dislocated political scientist, and so he met and repudiated powers, supported the left with a political conscience that was touching for its candor, and forced him to criticize soccer as a whole as a formidable business, a business of big corporations, which he foresaw with lucidity, much more than any other player of his renown. In that sense, he was the counterpart of Pelé and so many others.

His numerous phrases came out of a dictionary where the moral admonition against corporate soccer -the ball is always clean- coexisted with the genuine and smiley causticity "Grondona is so fast that he can put a suppository on a hare," which is undoubted of his own making. His verbal wit, which had notorious impertinences, followed his brilliant maneuvers on the grass with that always clean object and suffered the same relapses as his body. That body went from obese to relapsed, from relapsed to recover, and from recovered to obese. His transfigurations were circular and infinite. His handling of symbols was equivalent to that of the ball. He launched phrases with insults against the powerful with whom he dealt. The effectiveness of that attitude was not to be sought in the reasons of politics but in the expression of the passions of the one who knew he was tolerated by those he was insulting -who saw him as already lost- and lavished by the political leaders to whom he adhered with respectful admiration. He put his stamp on Unasur with a deep awareness of what he was doing. He was tattooed, and his feints on the field got him tattooed. He did not need political language to accompany one of the great moments in Latin American history. He knew he was as indispensable as he was questioned; that is why he shouted one of his goals in the World Cup against Greece to a TV camera. He wanted everyone to see that he was scoring goals at the cost of his face being out of sync.

The game he continued to play until the end was that of the poor who becomes rich to disperse in their joyous revelry and demonstrate that the poor can, that the poor will be saved, and that their atonement will be placid. But that has not yet been consummated. Indications of this thought are his constant visit to the margins of soccer, clubs that next to a Barcelona or a Boca were much less significant, to which he saved from relegation as in Napoli, or to which he went as another player, as in Newell's Old Boys, or as a coach, in Mandiyú. He knew that he was going with his name, with his wisdom expressed in the sharp sentences of lucid dismissal, but he could not avoid that the body that kept the illustrious name no longer responded. But even so, he was important; the idol that fell rose, and hardly risen fell again, was a spectacle to be seen, very translucent. His private life was his public life; his relationships, lasting or not, were judged as ones of respect or disdain, loyalty or betrayal. His strict soccer maneuvers were not composed of continuity but of flashes of genius that the crowds knew to wait to see. And those flashes were rarely made to wait, just as his moments of shadow were also noticed before the dumbfounded gaze of thousands of fans.

Everything was accepted because that genius with painful declines, that family man who swore by his daughters and could not conjugate in a family, that boy who lived in the extremes of an existence that swung between orphanhood and glory, challenged the whole world in soccer and they did not believe him, because he challenged them almost always with his weakness, although his ironies were strong and accurate. He was always filmed, from that black and white a few blocks away from the Riachuelo, where he is seen juggling since he was a child, as if Naples, Saudi Arabia, and Harvard University were already insinuated in those delicate touches. It was not necessary to understand soccer as a player to see that he was the bearer of an essential delicacy, the owner of a subtle graze caressing the ball, which dialectically surpassed the merely gymnastic or blackboard soccer. That delicacy, coming from a mysterious shantytown traversed by the greasy river, meant words worth a lot. If he made fun of those who said mire to mean mud, that was his pedagogy of the masses. Effective as few others. To have come to mock, in his game on wealth and poverty, the mannerism of changing mud for a more elegant synonym allows us to imagine that he understood his life guarded by that linguistic support where his perception of inequality tinkled.

Suddenly, many understood that his comings and goings, scattered sparks, and walking figure demanded to be thought of as a collective prayer. If many had grievances to reproach him for in their family or commercial quarrels, an entire people that exceeded the fans of all the clubs combined were ready to understand him once and for all. In the grace of his plays, from the field to the sanatorium, from the sanatorium to the television, from the television to the political tribunes, many saw the exercise of an incessant dribble without any somersault. But a tense silence, generally respectful, sometimes indifferent, surrounded him. His story seemed redundant. But if a society exists, it always acts late. Now that a surprising thunder was heard, it only remains to prepare the sanctuary in the Casa Rosada.

Buenos Aires, November 26, 2020.

Sociologist, writer and essayist. Former Director of the National Library.

Translation by Christina Prantsidou